

"Angeles y solitarios"

(Novela. Edit. Planeta, autor Ramón Díaz Eterovic)

Hay dos mundos -al menos- que se superponen: el de las apariencias, el situado tras el tenue y sutil bármiz de lo convencional, y el otro, el que anidado en una profundidad paralela controla, mide, pula y regula la apariencia. Se trata de realidades que, paradójicamente superpuestas, avanzan por caminos que se tocan cuando es necesario, pero que se ignoran habitualmente.

Ya Oscar Wilde señalaba, que "quien asume el riesgo de las profundidades asume su propio riesgo". Seguramente vinculaba ese espacio secreto, íntimo y demoníaco que todo aterriza en lo profundo con la humana necesidad de querer acceder a él traspasando vellivamente el límite opaco y gris de la cotidianidad, de lo rutinario y efímero, de lo que -en definitiva- nos hace creer que vivimos cuando apenas si rumiamos una sobrevivencia abúlica y carente de intensidad.

Sí a aquella necesidad interna y natural de todo ser humano, sensible, sumamos el desencanto épocal, la tragicomedia de una historia nacional que, más que avanzar, se equilibra y acomoda condenando la vida y dirigiéndola, si a un ser humano condenado a la perpetuidad de la certeza y aferrado a la nostalgia de un igualmente derrotado romanticismo y desfasado individualismo de fin de siglo, le oponemos además la asfixia de una sociedad inmisericorde en su hipocresía y cinismo.

debatiéndose en la suma de conflictos que procura ignorar, si a ese ser humano en definitiva, lo asumimos y nos hermanamos con él, es posible el objetivar y darle cuerpo: Heredia.

Heredia, a veces, detective privado, real o supuesto, que ahulado en nuestra propia necesidad vital de héroes cuando salven de esta soledad compatrios, asoma en esta novela como un "solitario" más ávido de encontrar una o más razones que justifiquen, no sólo su existencia, sino la nuestra.

En la trama de "Angeles y Solitarios" subyace una visión de mundo desencantada, apócrifa y triste que parecería determinar los pasos de Heredia. No se trata únicamente de un investigación semipolicial donde confluyan claros vínculos del llamado mundo moderno: narcotráfico, elaboración de armas para guerras que vemos por televisión o conciliabulos políticos y militares. No. La novela de Díaz Eterovic de nuevo, como en otras de la serie (La ciudad está triste, Solo en la oscuridad y Nadie sabe más que los Muertos) nos atrae y subyuga -principalmente- por esa necesidad vital del personaje central de no sucumbir junto al mundo que se desploma.

Puede parecer extraño que un detective de segundo orden, apegado a las ditas literales, conocedor de Borges o Neruda, se niegue a ser parte de un sistema que detesta y que, sin embargo, lo sustenta. Pero, si

bien la historia (las historias) que se ligan y entrecruzan otorgan un impresión de derrota antropada, lo que entemece -si cabe el término- al lector es esa porfiada obtusión de Heredia en mirar como desgaya el alma humana destruida y destrozada tras el bármiz vacío del formalismo rampón.

Heredia, luego, no es sólo un investigador privado. No es sólo un individuo desencantado socialmente. Es eso, es cierto. Pero, vitalmente es un hombre que necesita amar; aunque lo riega, que teme al temor y lo asume, que no quiere soñar y que suena. Y además, que evidencia una pasión casi otobal por ciertos principios y valores que hoy nos parecen de anticuado: Heredia es capaz de querer fraternalmente y asumir que la vida o la muerte de un amigo gatilla interiormente su solidaridad soledad.

Por lo mismo, Heredia reitera en esta historia, parte de su propia historia anterior: el mundo de ayer no tiene mucho sentido y el que subyace, siniestro y atroz, determina su cárcel personal de la que no es fácil salir por su mera y simple voluntad. Por eso también su "geltzo" individual y rayano en la triste hermosura de los aires solitarios tiene, a pesar de todo, su propia esperanza. Curio en los rezos infantiles. Heredia evoca sin saberlo a su propio angel de la guarda vestido como una joven mujer que surge de la nada para salvarlo de la única for-

ma que es posible salvar a quien se hunde: amándolo.

Y esto que pudiera sonar a cursi o novela rosa tiene un sello distintivo que lo distingue claramente de lo banal: es la esperanza, coilda y triste, refaccionada de ironías y frases oblicuas e hirientes pero que también punzan nuestra propia vergüenza subsumidos en un mundo de mentira.

Y si a alguien le interesa la verdad, y si se prefiere de que el pasado sea más que un sentimiento, la lectura de "Angeles y Solitarios" sacudirá, sin duda, nuestros restos de conciencia personal.

Después de todo, Heredia sigue confiando más en su gato Simeon que en los días venideros. Pero, aún así, porfiadamente sigue rasgando el velo sutil que separa nuestros mundos: el real y profundo al que se accede asumiendo el propio riesgo personal, y ese otro, conformista y vacío que nos representa la existencia como una pantalla ajena, asaltándonos con indiferencia en la comodidad de nuestro hogar en la asfixiante rutina de un trabajo sin expectativas de una sociedad moribunda.

Heredia está detrás de esa sociedad envilecida. En su causa misma, no en su efecto. Eso lo salva y lo eleva a la categoría de héroe que ofeso, a esa parte inviolable -esperamos- de nuestro ser, que con él se niega a sucumbir en la indiferencia de un mundo individualista y aíno.

(*) Abogado

"Angeles y solitarios" [artículo] Juan Mihovilovic.

Libros y documentos

AUTORÍA

Mihovilovic, Juan, 1951-

FECHA DE PUBLICACIÓN

1995

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

"Angeles y solitarios" [artículo] Juan Mihovilovic.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile